



De todas las cartas que Umberto Eco y Carlo Maria Martini, obispo de Milán, intercambiaron hace algunos años valdría de las páginas que nos ofreció una revista italiana, probablemente las mejores, las más perspicaces y conservadoras, sean las que ambas suscribieron entre el fondo místico de la ética y sobre las dificultades que tienen todo no creyente para dar una base firme a las convicciones de orden moral que profesa.

En su carta titulada "¿Dónde encuentra el laico a luz del bien?", Martini se pregunta a qué puede basar la ética y la liberalidad de su acción moral que en no profesa el cristianismo, para cimentar el carácter absoluto de una ética, a principios metafísicos o valores trascendentes y tampoco a imperativos católicos universalmente válidos. Por su lado, y utilizando su título 30 meses hermano —"Cuando los dioses están en guerra sobre la ética"—, Eco responde que una ética natural puede constituir una alternativa a una ética fundada sobre la fe en la trascendencia, para lo cual se apoya en la certeza de que hasta las más altas de las ideas humanas son creaciones que son los dioses, con su mirada, lo que nos define y nos conforma.

Concluye —dice— de la misma forma que no somos capaces de vivir sin comer ni dormir, no lo somos capaces de comprender quien somos sin la mirada y la respuesta de los dioses.

Las preguntas del obispo Martini quieren exponer la paradoja que le produce una ética sin fundamento alguno a lo absoluto, y vuelve una y otra vez a la cuestión, interrogando a Eco de la siguiente manera: "¿Qué respuesta confiere a su obispo quien pretende afirmar y profesar principios morales, que pueden estar incitados al asesinato de la vida, pero no reconocen un Dios personal?" Y añade: "Si que cambian personas que sin creer en un Dios personal, llaman a dar la vida para no abandonar a su conocimiento ancestral. Pero no pueden comprender qué tipo de justificación última dan a su proceder, por su parte, una respuesta que lo que lleva a un no creyente a apoyar comportamientos moralmente, incluso hasta el punto de dar su vida, es sólo parecido a lo que inspira a los filósofos a escribir: "Llamar un mensaje en la batalla, para que, de alguna forma, aquello en lo que se trata o que más parezca humano, pueda ser creído o por lo menos a quien venga diagnosticado. Y respecto de la cuestión de Dios, recuerda que el reconocimiento es un reconocimiento también por los no creyentes, de modo que "no quisiera que se instaurase una oposición tajante entre quienes creen en un Dios trascendente y quienes no creen en principio trascendental alguno".

He ahí sólo algunas partes de este intercambio epistolar

"En qué creen los que no creen?". Reapropiación del intercambio epistolar entre Umberto Eco y Carlo Martini. Madrid, 1990. Editorial Planeta.

Por Agustín Squella



Ética sin Dios

que parecen hallar en el libro que "reproduce la correspondencia entre Umberto Eco y Carlo M. Martini". "¿En qué creen los que no creen?", una obra que Editorial Planeta ha puesto ahora a circular en castellano. La obra, por lo demás, que se ofrece a los lectores como un ejercicio no sólo de inteligencia, sino también de modestia, sinceridad, apertura y brío de los interlocutores dispuestos tanto a hablar como a escuchar, es realmente excelente. Una obra, en fin, que sea la más aliada para compartir ahora una reflexión provocada que concurra a ser una obra de un año, bajo el título de "Ética sin Dios", en el esfuerzo de al

Si un creyente accediera alguna dificultad para explicar el mal, o sea, para dar una respuesta satisfactoria acerca de cómo conciliar la existencia de Dios con la presencia y en ocasiones con la ausencia del mal, no un creyente tiene la dificultad propia de explicar el bien, esto es, de proporcionar una respuesta plausible acerca del sentido que pueda tener la integridad del bien en un mundo sin Dios.

Voy a referirme ahora a la segunda, o sea a los aprietos en que se encuentra un no creyente a la hora de explicar la integridad del bien y de justificar una opción por él.

En su carta se ve que el de la posibilidad de una ética laica, que es lo mismo que decir una ética sin Dios, y la dificultad o la respectiva omisión de la misma se si Dios no existe, que sentido puede tener que hagamos el bien y evitemos el mal? Si Dios no existe, ¿qué razón tenemos para pensar que comportarnos de un modo que pueda ser aprobado tanto por nosotros mismos como por nuestra conciencia? Si la pregunta central de la ética es qué debemos hacer para comportarnos co-

rectamente desde un punto de vista moral, ¿cómo tener sentido una pregunta como esa si Dios no existe? En fin, ¿qué motivo puede ofrecer un no creyente para buscar el bien y evitar el mal?

Preguntas como esas son pertinentes, porque la moral de los individuos que están vinculada a sus creencias en un ser superior que causa que la conducta se oriente al bien y que proporciona mandamientos explícitos acerca de lo que debemos hacer en el terreno moral. De este modo, todo persona creyente que adhiera a una religión tiene necesariamente a la mano tanto el fundamento para buscar

Estoy consciente de que la conclusión precedente no tiene nada de novedosa, salvo para los que, confundidos moral con religión, tienden a creer que la falta de fe en Dios es siempre síntoma de insuficiencia moral.

Si el creyente es un sujeto moralmente virtuoso sólo por el hecho de tener fe en un ser superior, si el no creyente para ser una persona moralmente virtuosa por la sola circunstancia de la buena persona de su fe. El creyente, sin embargo, tiene las cosas más fáciles, porque si lo de la virtud podemos para nosotros por el bien y lo

Quando optan por el bien, los no creyentes lo hacen no en obediencia a un mandato divino; lo hacen apenas en obediencia de sí mismos.

el bien como el causador que causa tener para conseguirlo. En cambio, un no creyente carece de semejante posibilidad, puesto que no puede invocar al nombre de Dios como fundamento de su opción por el bien ni está tampoco en condiciones de convertirse a otras merced prestabilizadas que pueda reconocer como expresión de la voluntad divina.

La verdad es que hay diferentes maneras de fundar una ética laica, lo cual permite desahogar la idea de que ética sin Dios implicaría que sea, a la vez, buena y mala, esto es, personas sin ideas inherentes por adoptar y observar patrones de conducta orientados al bien y no al mal.

proporciona incluso un código en tal sentido. En cambio, el no creyente sólo sólo y debe encontrar sus razones y sus puntos en el interior de sí mismo y en el diálogo con los demás.

Cuando optan por el bien, los no creyentes lo hacen no en obediencia a un mandato divino ni en espera de una recompensa luego de la muerte. Lo hacen apenas en obediencia de sí mismos y sin esperar otro premio que la aprobación de su conciencia y la estima de sus semejantes.

Entonces no sólo es posible una ética laica. También es más difícil y, por momentos, más desafiante, incluso, quizá, más meritosa.

Las cartas

Valiendo, ahora al debate epistolar de Umberto Eco y Carlo M. Martini, vale la pena agregar que intervinieron también otras seis personas. Se trata de algunos filósofos, políticos y periodistas, inclusive que suscribieron las cartas de la ética y su fundamentación. En dichas intervenciones es posible encontrar lo mismo que está presente en las cartas de Eco y de Martini: un principio ético tanto para articular los argumentos propios como para atender a las razones que ofrecen los demás interlocutores.

A un cuidado podríamos llamarlo tolerancia, una virtud absolutamente clave para que un diálogo sobre moral entre creyentes y no creyentes pueda resultar, no sólo en provechoso, sino simplemente atractivo.

Lo más notable, sin embargo, es que en las páginas de "¿En qué creen los que no creen?" campea una tolerancia activa que una manera prima. He aquí algunas veces una definición clara de las modalidades de la tolerancia, punto que la segunda de ellas —una tolerancia de fondo— convierte únicamente en requisitos para convivir en sociedades que no agredimos, y que nos permiten incluso desahogar, mientras que la primera —una tolerancia de fondo— nos impulsa a entrar en diálogo con quienes tienen ideas que rechazamos, a escuchar y a superar las razones que pueden ofrecernos, a discutir y a rectificar eventualmente nuestros propios puntos de vista.

Cuando se dice también en este libro, no queda más que aceptar que hay personas que son capaces de otros, pero, a la vez, tendríamos que admitir que esas personas son líneas móviles, no abismos infranqueables.

La tolerancia es la virtud que nos conduce a aceptar la diversidad de convicciones en el plano religioso y luego en el campo político. Se trata de la misma virtud que debería conducirnos ahora a profesar coexistencias morales no más blandas, aunque sí más flexibles. No es, por tanto, la virtud de los indecibles, como sentenciaba un filósofo como aristocráticamente Chateaubriand, sino la virtud de los diestros de cazar y de agudizar más allá de los dictos de su propia voz interior o del credo que los ligaron. En la virtud, en fin, de los que se sienten felices.

A aquellos que no se sienten felices, ¿por qué tendrían que estar deseosos de escuchar más allá de ellos mismos y de las creencias que heredan?

Al menos por caridad. **139**

Ética sin Dios [artículo] Agustín Squella.

Libros y documentos

AUTORÍA

Squella, Agustín, 1944-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ética sin Dios [artículo] Agustín Squella.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile